MIGUEL ZUGASTI

La Historia eclesiástica de Juan de Marieta, OP, fuente de El Rufián dichoso, comedia de santos de Cervantes

Separata de la obra

La Orden de Predicadores en Iberoamérica en el siglo XVII

José Barrado, OP y Óscar Mayorga, OP (eds.)

La *Historia eclesiástica* de Juan de Marieta, OP, fuente de *El rufián dichoso,* comedia de santos de Cervantes[1]

MIGUEL ZUGASTI
GRISO - Universidad de Navarra
Pamplona (España)

A mi tío, fray Javier Zugasti, OP,
quien, al igual que el protagonista cervantino,
dejó España para irse a México

Desde antiguo, la crítica se viene preocupando por localizar las fuentes que pudo manejar Cervantes a la hora de componer *El rufián dichoso*. Esta es la única comedia cervantina de asunto hagiográfico, y aunque su protagonista, fray Cristóbal de la Cruz, OP, no ha subido a los altares, la fama de santidad le acompañó desde el momento mismo de su muerte († México, 1569) y se divulgó en seguida por tierras de América y España. En 1605, en un conocido episodio del *Quijote*, Cervantes –por boca del canónigo– nos brinda su parecer sobre las comedias divinas (o sea, las hagiográficas o de vidas de santos):

> ¿Pues qué, si venimos a las comedias divinas? ¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo

1. El presente trabajo es una revisión y ampliación de otro previo mío titulado "Algo más sobre las fuentes de *El rufián dichoso* de Cervantes", publicado en el volumen *Locos, figurones y quijotes en el teatro de los Siglos de Oro* (2007), que recoge las Actas selectas del *XII Congreso de la AITENSO* celebrado en Almagro, España, julio de 2005. Agradezco a los organizadores del *IX Congreso Internacional de Historiadores Dominicos*, y en especial a fray Óscar Mayorga, la deferencia mostrada al permitirme reutilizar mis investigaciones en un contexto tan apropiado como este del convento de Santo Domingo de Oaxaca, por donde deambuló el protagonista cervantino hace más de cuatro siglos.

> a un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia. Que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias (I, 48).

La verdad de la historia ha de ser, pues, el eje de las comedias de asunto religioso, y Cervantes será consecuente con ello cuando escriba *El rufián dichoso*, dejándonos avisos de este tenor en las acotaciones: "Todo esto es verdad de la historia"; "Todo esto desta máscara y visión fue verdad, que así lo cuenta la historia del santo"; "Todo esto fue así, que no es visión supuesta, apócrifa ni mentirosa"; "Esta visión fue verdadera, que ansí se cuenta en su historia"; o "Todo fue ansí"[2]. Américo Castro ve una ironía "clarísima"[3] en esta batería de notas, pero si no las sobreinterpretamos y nos ceñimos a su literalidad, lo único que nos está diciendo el dramaturgo es que las visiones y milagros que introduce en su texto no se los está inventando él, sino que los toma al pie de la letra de alguna "historia del santo". El problema crítico radica en saber si hoy somos capaces de dar con el libro o fuente exacta que le sirvió de base a Cervantes para elaborar su personal dramatización del caso.

En breves trazos, la biografía del santo-rufián protagonista puede resumirse así: Cristóbal de Lugo nació en Sevilla, en el seno de una familia humilde (al parecer su padre era tabernero), llevando una vida apicarada y rufianesca que luego prolongó en Toledo. En esta ciudad fue paje del licenciado e inquisidor Francisco Tello de Sandoval, a cuya vera estudió gramática y artes. En Toledo, a instancias de Sandoval, cambia de vida, siendo ordenado diácono y, después, sacerdote. En 1544 Tello de Sandoval es nombrado visitador de México (visitó la Audiencia, el virrey y promulgó las Leyes Nuevas), llevándose consigo a Cristóbal de Lugo como capellán. Sandoval concluye su visita en 1547 y regresa a España[4], pero Cristóbal se queda en México y toma el hábito dominico (9 de julio de 1547), llamándose a partir de ahora fray Cristóbal de la Cruz. Sus maestros de noviciado fueron fray Gonzalo Lucero y fray Pedro Delgado. En ese momento el padre Pro-

2. Acotaciones a los vv. 1643, 1743, 1759, 2266 y 2427. Las citas de *El rufián dichoso*, con indicación del número de verso, proceden de la edición de SEVILLA ARROYO y REY HAZAS, 1998.

3. Américo CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, 1972, p. 74.

4. Pilar ARREGUI ZAMORANO, *La Audiencia de México según los visitadores...*, 1981, pp. 68-72.

vincial de México era fray Domingo de Betanzos, nombre que conviene retener porque nos volverá a aparecer más adelante. Un año después (11 de julio de 1548), fray Cristóbal de la Cruz hace profesión de sus votos y queda asignado al convento de México. Allí fue primero maestro de novicios (1549-1555) y después prior (1556-1558). Al final de su priorato se le diagnosticó lepra, la cual fue interpretada como signo de santidad. En 1559 fue elegido prior del convento de Oaxaca, pero poco después, por razones de salud, pidió ser absuelto de su oficio, derivando de nuevo al convento de México, ahora como lector de gramática y maestro de novicios. En 1560 el agravamiento de su enfermedad lo obliga a dejar de ser maestro de novicios. Esto no impidió que entre 1562-1565 fuera elegido Provincial de la Orden, visitando la Provincia al completo en largos y penosos viajes a caballo, a pesar de su lepra. En 1564 solicitó en Capítulo provincial ser relegado del cargo, pero su demanda no fue atendida. Concluido su provincialato, vuelve a ser asignado al convento de México, donde morirá en el año 1569.

Los cronistas dominicos hablan de él con prolijidad e insistencia, otorgándole de forma unánime el título de santo, junto a otros apelativos como bienaventurado, bendito, varón de Dios, amigo de Dios, siervo de Dios, etcétera. He aquí un listado no exhaustivo de historiadores de la Orden de Predicadores que se ocupan de fray Cristóbal de la Cruz:

— Fray Jordán de Santa Catalina: no es propiamente un cronista, pero sí fue discípulo de fray Cristóbal de la Cruz en México (1550-1552). A partir de 1555 fray Jordán se desempeñó en Oaxaca como maestro de novicios en distintas fases de su vida. Uno de sus discípulos fue fray Lorenzo Juárez, quien en 1589 escribió un manuscrito con las palabras y enseñanzas de fray Jordán. Este texto permaneció inédito hasta el año 2006 en el archivo histórico de la Biblioteca Francisco Burgoa, de la Universidad Autónoma Ciudad Juárez de Oaxaca. El dominico Eugenio M. Torres acaba de rescatarlo del olvido y editarlo en su totalidad[5]. Aquí se cita de refilón varias veces a fray Cristóbal, pero sin dar detalles de su vida[6].
— Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, Madrid, Pedro Madrigal, 1596, libro II, caps. 15-28.

5. E. M. TORRES, "Las palabras santas", en *Archivo Dominicano* XXVII (2006) 143-184.

6. Cf. Ibid., pp. 171-172 y 174.

— Alonso Fernández, *Historia eclesiástica de nuestros tiempos*, Toledo, Viuda de Pedro Rodríguez, 1611, cap. 26.
— Juan López, Obispo de Monópoli, *Cuarta parte de la historia general de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores*, Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1615, caps. 27-30.
— Hernando Ojea, *Libro tercero de la historia religiosa de la Provincia de México, de la Orden de Santo Domingo* (hay edición en México, Museo Nacional, 1897, pero el autor nació en 1560).
— Francisco Burgoa, *Geográfica descripción [...] y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera Valle de Oaxaca*, México, Juan Ruiz, 1674.
— Juan Bautista Méndez, *Crónica de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores: 1521-1564* (edición moderna en México, Porrúa, 1993, pero el manuscrito original se escribió entre 1685-1689).
— Alonso Franco, *Segunda parte de la historia de la provincia de Santiago de México, Orden de Predicadores en la Nueva España* (México, Museo Nacional, 1900).

De todos estos *items*, en realidad Cervantes sólo podría haber manejado –como mucho– a Dávila Padilla, Alonso Fernández o el obispo de Monópoli, pues los demás o estaban inéditos o son muy posteriores a 1615, fecha de la primera edición de *El rufián dichoso*, dentro de las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados*. Es conocida la afición del autor del *Quijote* por los libros devotos[7], y en los duros años del cautiverio en Argel escribió numerosos poemas de tema sacro (hoy perdidos), tal y como refiere el doctor Antonio de Sosa, compañero suyo en la cautividad:

> Se ocupaba muchas veces en componer versos en alabanza de nuestro Señor y de su bendita Madre y del santísimo Sacramento, y otras cosas santas y devotas, algunas de las cuales comunicó particularmente conmigo y me las envió que las viese[8].

Ahondando un poco en esta vena religiosa, es posible incluso rastrear algún tipo de conexión entre Cervantes y la Orden de Predicadores. Desde luego la primera referencia que conozco no puede ser más negativa. Sabido es que el 26 de septiembre de 1575, cuando navegaba de Nápoles hacia España, Cervantes cayó preso de los berberiscos frente a las costas catalanas y fue confinado a los famosos –por temi-

7. Cf. Marcel BATAILLON, *Erasmo y España*, 1966, p. 778.
8. Antonio DE SOSA [atribuido a Diego de Haedo], *Topografía e historia general de Argel*, Valladolid, 1612. Citado por Jean CANAVAGGIO, *Cervantès dramaturge...*, 1997, p. 119.

dos– baños de Argel. Allí permaneció cinco años hasta que pudo ser rescatado, pero entre tanto no estuvo ocioso; en 1576, 1577 y 1578 llevó a cabo tres tentativas de fuga, siempre con el mismo final lastimoso. Inasequible al desaliento, en 1579 planea una cuarta evasión, esta vez a lo grande, para la cual contaba con el concurso de sesenta presos dispuestos a tomar una fragata y volverse a España. Al parecer el dominico fray Juan Blanco de Paz[9], que también estaba allí cautivo, no fue uno de los elegidos para la fuga, así que llevado por el despecho o la envidia optó por delatarlos a todos. Cuando los berberiscos tuvieron conocimiento del caso desbarataron el plan e infligieron severos castigos a los españoles. El principal documento de época que recoge estos episodios, la *Información hecha en Argel*, dibuja un perfil harto negativo de este dominico[10].

Por fin se enderezaron las cosas para Cervantes y el 19 de septiembre de 1580, el trinitario fray Juan Gil alcanzó a comprar su libertad por la nada despreciable suma de unos 500 escudos de oro[11]. La siguiente referencia que voy a aducir tuvo lugar diez años después, cuando Cervantes ya estaba viviendo en España, y es de un signo muy diferente. Si hacemos caso a Astrana Marín[12], en una subasta de libros efectuada en Sevilla en 1590, Cervantes compró una *Historia de Santo Domingo* por treinta reales; de acuerdo con la fecha, Astrana Marín opina que "es casi seguro se trata de la *Primera parte de la Historia General de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores*, por el maestro fray Hernando del Castillo (Madrid, Francisco Sánchez, 1584)", aunque nada impide suponer que pudiera tratar-

9. Hijo de padres judeomoriscos, nació en Montemolín, Extremadura, localidad cercana a Llerena. Profesó en la Orden de Predicadores en el convento salmantino de San Esteban.

10. Cervantes declara que tras su delación "quedó en muy gran peligro de la vida, y dende entonces quedó mal y en gran enemistad con el dicho dotor Juan Blanco, por ser cosa cierta que él era descubridor y ponía a riesgo tantos cristianos y tan principales" (en K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, 1999, p. 72). Y más abajo: "El dicho Miguel de Cervantes se quejaba con razón que le había quitado la libertad a él y a toda la flor de los cristianos cativos de Argel, como era pública voz y fama y cosa muy sabida; el dicho dotor Juan Blanco –viéndose aborrescido de todos, corrido y afrentado, y ciego de pasión– amenazaba al dicho Miguel de Cervantes, diciendo que había de tomar información contra él para hacerle perder el crédito y toda la pretensión que tenía de que su majestad le había de facer merced por lo que había fecho e intentado de hacer en este Argel" (ibid., p. 73).

11. Buenas aproximaciones al cautiverio cervantino en Argel se hallarán en los estudios de CANAVAGGIO, *Cervantes*, 1997, pp. 101-124, y sobre todo en M.ª Antonia GARCÉS, *Cervantes en Argel*... En opinión de esta última ensayista, p. 200, los 500 escudos de oro equivaldrían a unos 26.500 dólares americanos del año 2005.

12. Luis ASTRANA MARÍN, *Vida ejemplar y heroica...*, 1952, vol. 4, pp. 463-464.

se acaso de la *Corónica de la Orden de Predicadores*, del también dominico fray Juan de la Cruz (Lisboa, 1567).

El siguiente *item* que podemos aducir nos lleva a las justas poéticas que la Orden organizó en Zaragoza en la primavera de 1595 para festejar la canonización de San Jacinto de Polonia. Cervantes participó en el segundo certamen con una redondilla en honor del nuevo santo, glosada en ocho quintillas. Obtuvo el primer premio, el cual consistió en tres cucharas de plata, posiblemente las mismas que años después irán a parar a la herencia de su hija[13]. He aquí el texto premiado, cuya brevedad nos permite transcribirlo completo:

El cielo a la Iglesia ofrece
hoy una piedra tan fina,
que en la corona divina
del mismo Dios resplandece.
Tras los dones primitivos
que en el fervor de su celo
ofreció la Iglesia al cielo,
a sus edificios vivos
dio nuevas piedras el suelo.
Estos dones agradece
a su Esposa y le ennoblece,
pues del parte del Esposo
un Jacinto, el más precioso,
el cielo a la Iglesia ofrece.
Porque el hombre de su gracia
tantas veces se retira,
y el Jacinto al que le mira
es tan grande su eficacia,
que le sosiega la ira.
Su misma piedad lo inclina
a darlo por medicina,
que en su juicio profundo
ve que ha menester el mundo
hoy una piedra tan fina.
Obró tanto esta virtud
viviendo Jacinto en él,
que a los vivos rayos dél
en una y otra salud
se restituyó por él.
Crezca gloriosa la mina
que de su luz jacintina

13. Cf. CANAVAGGIO, *Cervantes*, 1997, p. 214.

tiene el cielo y tierra llenos,
pues no mereció estar menos
que en la corona divina.
Allá luce ante los ojos
del mismo autor de su gloria,
y acá en gloriosa memoria
de los triunfos y despojos
que sacó de la victoria.
Pues si otra luz desfallece
cuando el sol la suya ofrece,
¿qué más viva y rutilante
será aquesta, si delante
del mismo Dios resplandece?[14]

Una cuarta conexión de Cervantes con los dominicos se localiza en el *Quijote* de 1615, capítulo 62, cuando Don Quijote visita una imprenta de Barcelona y ve un libro titulado *Luz del alma*, que le suscita el siguiente comentario: "Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados". El libro en cuestión resulta ser un famoso catecismo del dominico extremeño Felipe de Meneses, *Luz del alma cristiana*, muy reeditado en el siglo XVI[15].

Esto prueba que Miguel de Cervantes, ávido lector allá donde los haya, pasaba también sus ojos por la literatura dominicana. Es lógico suponer que, a la hora de escribir su comedia de *El rufián dichoso*, hurgara entre la bibliografía de la Orden de Predicadores para documentarse sobre la vida de fray Cristóbal de la Cruz[16]. Volviendo al listado arriba expuesto de crónicas dominicas, la crítica cervantina ha trazado los necesarios puentes entre esos textos y la materia de *El rufián dichoso*, intentando dar con una fuente de referencia. Hazañas

14. CERVANTES, *Poesías completas*, II, pp. 373-374.

15. Y ya que estamos hablando del *Quijote* quizás merezca una mención especial el ensayo de Isacio PÉREZ FERNÁNDEZ, titulado *Don Quijote de la Mancha y Don Quijote de las Indias*, publicado póstumamente en Sevilla, 2002. Aquí se sostiene la arriesgada hipótesis de que Cervantes tomó la vida de Bartolomé de Las Casas como modelo histórico sobre el que perfilar el carácter de don Quijote de la Mancha.

16. Aunque tomado un poco por los pelos, cabe decir que en *El rufián dichoso* se localiza uno de los ejemplos más tempranos que se conoce de romance-corrido andaluz, género que tanto floreció después en el México de ayer y hoy (cf. Luis LEAL, "Un corrido cervantino...", pp. 10-13). Se trata del romance jácaro en que el personaje de Lagartija narra la muerte del torero Reguilete en la plaza (vv. 196-227): "Año de mil y quinientos / y treinta y cuatro corría, / a veinte y cinco de mayo...".

de la Rúa sugiere que pudo ser la *Cuarta parte de la historia general de Santo Domingo*[17], del Obispo de Monópoli, pero lo tardío de su impresión (es de 1615, el mismo año que se editó la comedia) dificulta en extremo que Cervantes alcanzara a leerla. Más atinado parece estar Cotarelo Valledor[18], quien propuso como probable fuente la *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores* (1596), de Dávila Padilla. En efecto, este dominico traza una amplia biografía de fray Cristóbal de la Cruz (libro II, caps. 15-28, pp. 474-572) y, a primera vista, todo casa bastante bien con lo extractado por Cervantes a la hora de configurar los elementos básicos de su comedia.

Durante más de medio siglo los estudiosos han convenido unánimemente con Cotarelo Valledor, pero la situación cambiará a partir de Canavaggio[19], quien llama la atención sobre un nuevo texto desatendido hasta entonces, que pertenece a un agustino y no a un dominico, de ahí que tardara tanto en ser detectado. Se trata del *Consuelo de penitentes o Mesa franca de espirituales manjares*, de fray Antonio de San Román, que gozó de una primera edición en 1583 (Salamanca, Alonso de Terranova y Neyle) y de una segunda corregida en 1585 (Sevilla, Andrea Pescioni-Juan de León). Estamos ante un manual de devoción que se divide en dos partes, la última de ellas formada por cinco tratados. Pues bien, el penúltimo de ellos se titula *Tratado cuarto del consuelo de penitentes: donde se pone en summa la vida de los nueve varones de la fama de las Indias de la Nueva España, para consuelo de los que en toda parte buscan a Dios, y para confusión de los que por estar en Indias se escusan de ser virtuosos*[20]. Los nueve religiosos biografiados (o sea, "los nueve varones de la fama") son tres agustinos (fray Juan Baptista de Moya, fray Antonio de Roa y fray Francisco de la Cruz), tres franciscanos (fray Martín de Valencia, fray Andrés de Olmos y fray Juan de Sant Francisco) y tres dominicos. A los efectos nos interesa ahora lo que se dice de estos tres últimos, que son: nuestro "dichoso rufián" fray Cristóbal de la Cruz (fols. 457v-465v), fray Domingo de Betanzos (fols. 465v-470r) y fray Tomás del Rosario (fols. 470r-474v)[21].

17. Joaquín Hazañas de la Rúa, *Los Rufianes de Cervantes*, p. 53.
18. Armando Cotarelo Valledor, *El teatro de Cervantes...*, pp. 349-388.
19. Canavaggio, *Cervantès Dramaturge*, pp. 46-53.
20. San Román, *Mesa franca de espirituales manjares*, 1585, fols. 419v-474v.
21. Tanto Jordán de Santa Catalina como Dávila Padilla u otros cronistas dominicanos (Antonio de Remesal, Francisco Burgoa, Juan Bautista Méndez, Alonso Franco...) hablan admirativamente de estos dos últimos frailes. Ambos llegaron juntos a

Volviendo al estudio de Canavaggio, *Cervantès dramaturge*, este crítico puso de relevancia que ya no cabe seguir hablando de una influencia exclusiva de Dávila Padilla sobre Cervantes, debiendo tenerse muy en cuenta a partir de ahora la aportación del *Consuelo de penitentes*, de San Román, quien –creemos nosotros– fue el primero en esbozar una biografía de fray Cristóbal de la Cruz. En futuros trabajos el propio Canavaggio[22] es más audaz a la hora de romper con el peso de la tradición crítica y demuestra con gran rigor cómo Cervantes, en detalles muy significativos de la comedia, se distancia de Dávila Padilla y se aproxima a San Román[23]:

— Cristóbal fue hijo de un "tabernero".
— Era muy práctico en la jerigonza o habla rufianesca.
— No tuvo tratos con prostitutas o mujeres deshonestas.
— Apostó todo su futuro en una partida de cartas, determinando hacerse "salteador" si perdía.

La coincidencia de *El rufián dichoso* con el *Consuelo de penitentes* en estos cuatro puntos es total, y en cambio se aprecian sutiles diferencias con la *Historia* de Dávila Padilla:

— Habla de la "pobreza y humildad" (p. 476a) de la familia de Cristóbal, pero no cita el oficio de tabernero del padre.
— Incide en las pláticas "llenas de retos, amenazas, libertades y deshonestidades" (p. 477a) de Cristóbal, pero nada dice de que fuera perito en la jerga de los maleantes.
— Se insiste en que durante su juventud sí tuvo tratos carnales ilícitos: todo lo encaminaba a "pretensión de mujeres" (p. 476b), se ocupaba "en libertades de mozo enamorado" (p. 477b), aunque tras convertirse nunca volvió a su "afición de mujeres" (p. 479b).
— Aparece la apuesta de cartas, pero si pierde se hará "ladrón" (p. 477b), que no salteador.

Tras constatar estas diferencias, creo que bien puede avanzarse un paso más y declarar sin ambages que Cervantes no necesitó recurrir a la prolija *Historia* de Dávila Padilla (dedica a Cristóbal de la Cruz nada menos que 99 páginas de gran tamaño) para documentarse

México en 1534. Cf. Daniel ULLOA, *Los predicadores divididos*... Betanzos era el provincial de México cuando Cristóbal de la Cruz ingresó en los dominicos.

22. CANAVAGGIO, "Para la génesis del *Rufián dichoso*" y "La conversión del rufián dichoso", en ambos casos se habla por error de fray Alonso de San Román, cuando debería decir fray Antonio de San Román.

23. CANAVAGGIO, "Para la génesis del *Rufián dichoso*", pp. 466-467.

sobre su protagonista, pues los rasgos mayores presentes en *El rufián dichoso* ya figuraban tal cual en el *Consuelo de penitentes*[24] con la ventaja añadida de que este último, a causa de su brevedad y concisión (9 hojas en tamaño octavo), se convierte en un texto idóneo para ser adaptado a las tablas, tal y como dicta la ley de la necesaria economía dramática. Todos aquellos episodios en los que Cervantes apela a la verdad de la fuente (ver *supra*, nota 2), como pueden ser la conversión de doña Ana Treviño[25], las tentaciones que sufre fray Cristóbal con ninfas lascivas y el diablo en figura de oso[26], etc., ya estaban debidamente consignados por fray Antonio de San Román. Pero hay una excepción, tan pequeña como reveladora, que nos permitirá esbozar una nueva hipótesis sobre la fuente real manejada por Cervantes, alterando en parte el panorama descrito hasta ahora.

Un detalle en el que no se ha insistido demasiado es que el libro de San Román, sobre todo en los aportes biográficos de los "nueve varones de la fama" que figuran en su tratado cuarto, fue utilizado con esmero por otros cronistas e historiadores de la evangelización en Indias. He aquí por los menos tres de ellos:

— Juan de Marieta (OP), *Historia eclesiástica de todos los santos de España*, dividida en cuatro partes, de las cuales interesa la *Segunda parte de la historia eclesiástica de España, que trata de la vida de Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, y de San Vicente Ferrer y otros santos naturales de España de la mesma Orden*, Cuenca, Pedro del Valle, 1596. (Pero con colofón de 1595).
— Alonso Fernández (OP), *Historia eclesiástica de nuestros tiempos*, Toledo, Viuda de Pedro Rodríguez, 1611.
— Antonio Daza (OFM), *Cuarta parte de la crónica general de nuestro Padre San Francisco y su apostólica Orden*, Valladolid, Juan Godines de Millis y Diego de Córdoba, 1611.

24. De todas formas parece difícil desprenderse de ciertos automatismos, así que algunos críticos esgrimen todavía a Dávila Padilla como fuente indubitable de la comedia (ver por ejemplo Florencio SEVILLA ARROYO, "Historia, vida y literatura en *El Rufián dichoso*", 2007), cuando lo cierto es que si nos atenemos a las diferencias señaladas por Canavaggio, lo más probable es que Cervantes no llegara a manejar siquiera esta *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México*, optando por un texto más conciso que le aporte los rasgos biográficos esenciales de su santo rufián.

25. Así se lee el nombre de esta dama en CERVANTES, "Ana Treviño", aunque SAN ROMÁN transcribe "Anna Tremiño". Por su parte, MARIETA (ver *infra*, apéndice I) dirá "Ana Tremiño", y Dávila PADILLA "Ana Treviño".

26. La identificación del diablo con distintas fieras es lugar común entre los comentaristas: San Jerónimo lo llamaba culebra, serpiente, víbora, dragón, león, zorro, cerdo, oso y macho cabrío (ver J. P. MIGNE, *Patrología latina*, 25, col. 1052 y 26, col. 250). Para Cornelio a Lapide el oso simboliza la rapacidad, la injusticia, la lujuria

Nos vamos a centrar ahora en el primero de ellos, Juan de Marieta, quien al hablar sobre los dominicos que pasaron a Nueva España nombra a los tres biografiados por San Román, que son, recuérdese: Cristóbal de la Cruz, Domingo de Betanzos y Tomás del Rosario. Los cita además por este orden y, lo que es más importante, traslada casi al pie de la letra, con leves cambios de estilo, lo mismo que ya figuraba escrito en el *Consuelo de penitentes*[27]. Reproduzco en los apéndices I y II los textos íntegros de Marieta y San Roman en sus respectivas semblanzas de fray Cristóbal de la Cruz: el curioso lector podrá cotejarlos y certificar por sí mismo cómo Marieta bebe directamente de San Román.

La principal diferencia entre ambos autores estriba en que lo que en el *Consuelo de penitentes* es texto corrido, sin división alguna, en la *Segunda parte de la historia eclesiástica de España*, de Marieta, se distribuye la materia por capítulos, otorgando a cada uno de ellos un título distinto. Así, a Cristóbal de la Cruz le corresponden los capítulos 77-82 del libro XII, a Domingo de Betanzos los 83-87 y a Tomás del Rosario los 88-90. Llegados a este punto, es tal el calco de Marieta respecto de San Román que no sería posible determinar cuál de ellos leyó Cervantes antes de escribir *El rufián dichoso*. Pero la ley del error común sí que nos permitirá conjeturar con un alto grado de certeza que en realidad la fuente cervantina es Juan de Marieta y no Antonio de San Román. Es así que la *Segunda parte de la historia eclesiástica de España*, a la hora de poner título a todos y cada uno de los capítulos, incurre en un grave despiste, achacable sin duda a los componedores del libro y no a Juan de Marieta. Y es que tras copiar todo lo que dice el *Consuelo de penitentes* sobre fray Cristóbal de la Cruz en los capítulos 77-82, se hace lo propio con fray Domingo de Betanzos (83-87) y con fray Tomás del Rosario (88-90). Será en el penúltimo capítulo, en el 89, donde se produzca el error, pues siendo evidente que Marieta no se aparta un ápice de San Román y que ya hemos saltado a la figura de fray Tomás del Rosario, el titulillo asignado a este capítulo dice así: "De la grande devoción y contemplación que tenía en

y, en definitiva, el propio demonio (*Comentarii*, VI, 378, 2). En *El colmenero divino*, auto sacramental de Tirso de Molina, el personaje del Oso colmenero encarna al diablo (ver la edición crítica y anotada de ARELLANO, OTEIZA y ZUGASTI, 1998). En el entremés cervantino del *Retablo de las maravillas*, p. 145, se menciona también a este animal: "Allá van hasta dos docenas de leones rampantes y de osos colmeneros".

27. Al principio de su extenso libro, Juan de Marieta ofrece una lista de "Nombres de los autores que van citados en esta obra", donde consta fray ANTONIO DE SAN ROMÁN y su *Consuelo de penitentes o Mesa franca de espirituales manjares*.

Dios el santo fray Cristóbal". Esto es, se anota equivocadamente el nombre de fray Cristóbal, cuando el que debería figurar es el de fray Tomás, a quien en verdad le corresponde todo lo ahí escrito, tal y como se observa en el *Consuelo de penitentes*; véanse de modo especial los folios 471r-472v de la edición de 1585 (reproducidos al final del apéndice II) y cotéjense con el capítulo 89 de Marieta (apéndice I).

Un lector de Juan de Marieta, como por ejemplo Cervantes, no puede saber que se ha cometido tal error, y esto es lo que lee:

CAPÍTULO 89

De la grande devoción y contemplación que tenía en Dios el santo fray Cristóbal

> Era por estremo grande la devoción que tenía a la *imagen de Cristo crucificado* y, así, le hallaban casi siempre *derribado a sus pies,* lavándolos con sus abundosas lágrimas [...]. Pero ya que el sueño corporal no le rendía, vencíale el divino y celestial, y *trasportábase en oración,* de suerte que *teniendo los ojos de la carne abiertos, parecía estar difunto.*
> Acaeció que una vez, *andándole a buscar por la casa* para que viniese a cierta necesidad que se ofreció, lo hallaron en la oración, y *llamándole a voces no oía.* Llegándose a él, aunque con harto pavor, tirándole de la ropa y *dándole voces, no respondía.* Hasta que a cabo de buen espacio comenzó a alegrar el rostro y responder, así como un hombre que habla entre sueños[28].

Retornando al capítulo 79, y ahora ya sin error, Cervantes leyó esto sobre las tentaciones diabólicas sufridas por fray Cristóbal:

CAPÍTULO 79

De cuán devoto fue del Santísimo Sacramento del altar, y algunas tentaciones que el demonio le armó

> Aparecíale el demonio con una *multitud de mozuelas en corro, que las traía bailando y tañendo,* pero viendo cuán poco efeto hacían, volvían y tornábanse a ir[29].

28. La cursiva es nuestra.
29. La cursiva es nuestra.

Cervantes, con criterio certero, combina ambos pasajes y apura al máximo su potencial dramático y espectacular, de donde resultará la siguiente escena de *El rufián dichoso* (vv. 1732-1759):

ANTONIO *La celda del padre Cruz*
está abierta, ciertamente;
ver quiero este penitente,
que está a escuras y es de luz.

Abre la celda; parece el padre Cruz, arrobado, hincado de rodillas, con un crucifijo en la mano.

¡Mirad qué postura aquella
del bravo rufián divino,
y si hallará camino
Satanás para rompella!
Arrobado está, y es cierto
que, en tanto que él está así,
los sentidos tiene en sí
tan muertos como de un muerto.

Suenan desde lejos guitarras y sonajas, y vocería de regocijo. *(Todo esto desta máscara y visión fue verdad, que así lo cuenta la historia del santo).*

Pero ¿qué música es ésta?
¿Qué guitarras y sonajas,
pues los frailes se hacen rajas?
¿Mañana es alguna fiesta?
Aunque música a tal hora
no es decente en el convento.
Miedo de escuchalla siento;
¡válgame Nuestra Señora!

Suena más cerca.

¡Padre nuestro, despierte,
que se hunde el mundo todo
de música! No hallo modo
bueno alguno con que acierte.
La música no es divina
porque, según voy notando,
al modo vienen cantando
rufo y de jacarandina.

> Entran a este instante seis con sus máscaras, vestidos como ninfas, lascivamente, *y los que han de cantar y tañer, con máscaras de demonios vestidos a lo antiguo, y hacen su danza. (Todo esto fue así, que no es visión supuesta, apócrifa ni mentirosa)*[30].

Siendo como es fiel a Marieta (enfatizo en cursiva los calcos evidentes), con mucha razón podía argüir Cervantes que todo lo relativo a la "visión" y a la "máscara" fue verdad, según lo cuenta la "historia del santo" (capítulos 89 y 79, por este orden). Pero Cervantes es víctima de una pequeña burla del destino, y la escena de Cristóbal "arrobado" con un crucifijo en la mano, ajeno a los sentidos corporales, es apócrifa. Lo que en San Román se atribuye a fray Tomás del Rosario, en Marieta, por error, se aplica a fray Cristóbal de la Cruz, y de aquí pasa ya directamente a *El rufián dichoso*. A pesar de su apego y fidelidad a la fuente, Cervantes queda inerme ante el error ajeno y asigna a su protagonista un pequeño episodio acaecido a otro fraile, por lo que involuntariamente cae en aquello que él mismo aconsejaba evitar en el arriba citado pasaje del *Quijote*, I, 48: "¡Qué de milagros falsos fingen en ellas [las comedias de santos], qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro!".

En conclusión: Cervantes, al decidirse a escribir una comedia de santos como *El rufián dichoso* con fray Cristóbal de la Cruz de protagonista, lo primero que hizo fue documentarse sobre el personaje en algún florilegio o hagiografía de la época. Al ser este santo un fraile dominico, es bastante lógico que recurriera a textos emanados por la propia Orden de Predicadores (cuya literatura devocional conocía bien). Es así como accedió a la *Segunda parte de la historia eclesiástica de España* (1596), de Fray Juan de Marieta, a quien sigue de cerca, secundándole también en el error advertido en el capítulo 89 del libro XII, donde se atribuye a fray Cristóbal un episodio que aconteció a otro religioso. Sabemos a su vez que Marieta toma su información del *Consuelo de penitentes* de Antonio de San Román, pero en este caso no existe el error, por lo cual cabe deducir que Marieta es la fuente directa o primaria manejada por Cervantes, quedando San Román relegado a fuente indirecta o secundaria.

30. La cursiva es nuestra.

Bibliografía

Arregui Zamorano, Pilar, *La Audiencia de México según los visitadores (siglos XVI y XVII)*, México, UNAM, 1981.

Astrana Marín, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1948-1958, 7 vols.

Bataillon, Marcel, *Erasmo y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

Canavaggio, Jean, *Cervantès dramaturge. Un théâtre à naître*, París, Presses Universitaires de France, 1977.

— "Para la génesis del *Rufián dichoso*: el *Consuelo de penitentes* de fray Alonso [sic] de San Román", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII, 2, 1990, pp. 461-476.

— "La conversión del rufián dichoso: fuentes y recreación", en *On Cervantes: Essays for L. A. Murillo*, ed. J. A. Parr, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1991, pp. 11-19.

— *Cervantes*, Madrid, Espasa Calpe, 1997.

Castro, Américo, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, Noguer, 1972. (Nueva edición ampliada y con notas del autor y de J. Rodríguez-Puértolas).

Cervantes, Miguel de, *Los baños de Argel. El rufián dichoso*, ed. F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Madrid, Alianza-Centro de Estudios Cervantinos (Obra completa, 14), 1998.

— *Retablo de las maravillas*, en *Entremeses*, ed. F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Madrid, Alianza-Centro de Estudios Cervantinos (Obra completa, 17), 1998.

— *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por F. Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998.

— *Poesías completas*, II, ed. V. Gaos, Madrid, Castalia, 1981.

— y otros, "Información hecha en Argel" [documentos del Archivo General de Indias sobre el cautiverio de Cervantes], en K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona, Eunsa, 1999, pp. 68-111. (Hay versión electrónica en http://www.archivodelafrontera.com).

Cotarelo Valledor, Armando, *El teatro de Cervantes. Estudio crítico*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1915.

Dávila Padilla, Agustín (OP), *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, Madrid, Pedro Madrigal, 1596.

Garcés, María Antonia, *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo*, Madrid, Gredos, 2005.

Haedo, Diego de [*sic* Antonio de Sosa], *Topografía e historia general de Argel*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1927-1929, 3 vols.

Hazañas de la Rúa, Joaquín, *Los rufianes de Cervantes*, Sevilla, Izquierdo y Compañía, 1906.

Lapide, Cornelius a, *Commentarii... R. P. Cornelii a Lapide*, Paris, Ludovicum Vives, 1878. Se cita indicando tomo, página y columna.

Leal, Luis, "Un corrido cervantino", *Ventana abierta*, 5, 19, 2005, pp. 10-13.

MARIETA, Juan de (OP), *Segunda parte de la historia eclesiástica de España, que trata de la vida de Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, y de San Vicente Ferrer y otros santos naturales de España de la mesma Orden*, Cuenca, Pedro del Valle, 1596. [El colofón señala el año 1595]. Manejo ejemplar de la Universidad de Navarra: FA 133.322.

MIGNE, J. P., *Patrologiae cursus completus ... Series latina in qua prodeunt Patres, Doctores scriptoresque Ecclesiae latinae a Tertulliano ad Innocentium III*, Parisii, Garnier Frates, 1841-1869. Se cita indicando tomo y columna.

PÉREZ FERNÁNDEZ, Isacio (OP), *Don Quijote de la Mancha y Don Quijote de las Indias*, Sevilla, 2002.

SAN ROMÁN, Antonio de (OSA), *Consuelo de penitentes, o Mesa franca de spirituales manjares [...]. Ahora nuevamente corregido y enmendado por el mismo autor en esta segunda impresión*, Sevilla, Andrea Pescioni-Juan de León, 1585. [Primera edición en Salamanca, Alonso de Terranova y Neyle, 1583]. Manejo ejemplar de la Universidad de Navarra: FA 135.077.

SEVILLA ARROYO, Florencio, "Historia, vida y literatura en *El rufián dichoso*", en *Actas del Congreso "Cervantes, el 'Quijote' y Andalucía"*, ed. A. Castro Díaz, Sevilla, Asociación Andaluza de Profesores de Español "Elio Antonio de Nebrija", 2007, pp. 33-52.

SLIWA, Krzysztof, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona, Eunsa, 1999.

TIRSO DE MOLINA, *Obras completas. Autos sacramentales, I: El colmenero divino, Los hermanos parecidos, No le arriendo la ganancia*, ed. I. Arellano, B. Oteiza y M. Zugasti, Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 1998.

TORRES, Eugenio M., "Las palabras santas de fray Jordán de Santa Catalina, OP, Oaxaca, México (1553-1592)", *Archivo Dominicano*, 27, 2006, pp. 143-184.

ULLOA H., Daniel, *Los predicadores divididos: los dominicos en Nueva España, siglo XVI*, México, El Colegio de México, 1977.

ZUGASTI, Miguel, "Algo más sobre las fuentes de *El rufián dichoso* de Cervantes", en *Locos, figurones y quijotes en el teatro de los Siglos de Oro. Actas selectas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Teatro Español y Novohispano de los Siglos de Oro. Almagro, 15, 16 y 17 de julio de 2005*, ed. G. Vega García-Luengos y R. González Cañal, Almagro, Universidad de Castilla-La Mancha, 2007, pp. 493-513.

APÉNDICE I

JUAN DE MARIETA

Segunda parte de la historia eclesiástica de España, que trata de la vida de Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, y de San Vicente Ferrer y otros santos naturales de España de la mesma Orden. Compuesto por el reverendo padre fray Juan de Marieta, de la mesma Orden, natural de la ciudad de Victoria
Cuenca, Pedro del Valle, 1596.

[Pero el colofón reza 1595]

[Se reproducen los capítulos 77-82 y 89 del libro XII, folios 158v-161v y 164r][31].

CAPÍTULO 77

Del santo fray Cristóbal de la Cruz, de la mesma Orden de Santo Domingo, que floreció en la Nueva España

Entre otros muchos padres que desta sagrada religión de Santo Domingo han florecido en santidad en aquellas partes de Indias Ocidentales, han venido a mi noticia sólo tres, que son los que aquí se siguen. El uno dellos llamado fray Cristóbal de la Cruz, y el otro fray Domingo de Betanzos, y el otro fray Tomás del Rosario. Todos tres naturales de España, y con ser todos grandísimos santos, este santo fray Cristóbal fue una señalada voz que llama a pecadores, porque su trato y modo de vivir antes que entrase en religión era muy conforme con la ley que el mundo guarda.

Fue natural de la ciudad de Sevilla y crióse en casa del Licenciado Tello de Sandoval, en c[u]ya c[a]sa estudió las letras de la latinidad y artes; siguiendo al dicho Licenciado, siendo Inquisidor en Toledo, donde como destraído se ocupaba en juegos y en los demás ejercicios, que es libertad y olvido de Dios y malas compañías acarrean; muy prático en la jerigonza y lenguaje de ladrones con quien él andaba, y tan experto entre ellos que ya le convidaban con piezas particulares para que se encargase dellas y las tuviese en su nombre en lugares públicos. Este partido no lo quiso aceptar, porque aunque era gran pecador tenía una alma temerosa y muy sentida de conciencia, y así no osaba ponerse en tan manifiesto peligro de alma y vida. Por esto, si pecaba, era con lágrimas y rezando primero los psalmos penitenciales por las ánimas de purgatorio, de quien era muy devoto, pidiendo a Dios no perdiesen los fieles difuntos el fruto de aquella oración por ser él malo.

31. Modernizo las grafías, pero sin alterar su valor fonético. La puntuación es interpretativa.

Como seguía el juego y le faltaba el dinero, concertose con unos perdidos que andaban a robar de irse con ellos en su compañía, y sentose una vez a jugar el libro de las súmulas, con determinación que si entonces perdía tomaría el oficio de salteador.

Ordenó el Señor que ganase y, salido de allí, púsose a considerar el camino que llevaba, y como de nueva luz visitado abrió los ojos del entendimiento y comenzó a retirarse de aquellas compañías malas. Y aplicándose a su estudio vino a recibir orden sacra; y desde que se ordenó de Epístola fue tan notable la mudanza que la mano de Dios hizo en él, que como él confesó a un su gran familiar amigo, nunca jamás desde entonces tuvo voluntad de pecar, ni se ensució en hecho carnal, antes se dio tanto a la oración y contemplación y leción de libros sagrados y devotos y ejercicios de penitencia, que en España antes que pasase a Indias, y después de pasado, era notable su fama de santidad.

Proveyeron después por visitador de la Nueva España a su amo, el Licenciado Sandoval, y así hubo de pasar con él a aquellas partes, porque tanto era el amor que le tenía que no se hallaba sin él un punto. Y la razón de hacer tan bien su oficio el visitador fue porque en todo se guiaba por el consejo y parecer de Cristóbal de Lugo, que era éste su apellido en el siglo. Notable pena recibió el visitador cuando vio que se quedaba en aquella tierra su querido padre y capellán.

CAPÍTULO 78

De cómo tomó el hábito de Santo Domingo, y algunas virtudes suyas

Luego que se vio horro de la obligación del visitador, para mejor cumplir sus buenos deseos de servir a nuestro Señor enteramente, tomó el hábito de Santo Domingo en la ciudad de México, de la Nueva España. Y hecha profesión, luego la Orden puso los ojos en él como en un varón santo, y escogiólo para maestro de novicios de aquella casa. En este oficio hizo tanto fruto que sacó de su mano hombres santos, cuales hoy viven testigos desta verdad. Era tan escogido maestro de verdad y humildad, que en sólo enseñar esta virtud parece que ponía todo su estudio. Así, era gloria de Dios cuán vivamente la plantaba en los corazones de sus súbditos. La plática común de sus novicios era el amor de padecer injurias, y así trataban de sufrir afrentas para ejercicio de ellas. No había entre ellos quien quebrase el silencio ni saliese de su recogimiento. Tenían los frailes del coro envidia a los frailes legos, deseando su estado, por ser el que se ocupa más en humildad y caridad con los prójimos. Como entre otros se suelen buscar las cosas de curiosidad en que ponen su consuelo, buscaban éstos lo más vil y desechado, privándose de todo aquello a que se veían aficionados, porque el común decir deste santo era: "Negad vuestra voluntad y tened por cierto que en todo lo que vuestra afición está asentada, allí tiene parte el adversario. Aunque sea la imagen del crucifijo, si allí está puesto nuestro amor como en prenda que poseemos, tras la imagen está el enemigo escondido".

Este su predicar de humildad no era dotrina especulativa sacada de papeles, sino era predicación prática, porque era humildad de corazón y obras, las cuales mostraban eficazmente lo que él enseñaba: que entonces hace efeto la predicación y la dotrina, cuando ven los oyentes poner por obra el maestro lo que enseña por palabra. Así dice San Lucas de Cristo nuestro Señor, que primero obraba que predicaba; y San Gregorio dice que más mueven para convertir al pecador los ejemplos práticos del maestro que las palabras. Esto mesmo hacía San Pablo, predicador de las gentes, que castigaba su cuerpo y lo traía en perpetua servidumbre con ayunos, oraciones, vigilias y persecuciones. Porque predicando él aquellas cosas con palabras, las imitasen con ejemplo, y así les decía muy bien que fuesen imitadores suyos. Era, pues, este santo enemigo de sí mesmo y de sus cosas por extremo. Huía de escribir algo que tuviese parecer de sabiduría, porque siempre decía: "La humildad y silencio son las guardas de la gracia".

Su gran descanso era ser abatido, y así clamaba con gran espíritu diciendo: "¡Oh!, si acabasen de salir de engaño en estimarme algo, pues soy criatura tan sin provecho". Si le loaban, con gran sentimiento decía: "Allá irás, fray Cristóbal, delante el soberano juez que conoce lo que cada uno merece, y verán estos ciegos que me alaban y engrandecen cuán engañados viven en hacer caso de un hijo de un tabernero". Diciendo otros denuestos desta calidad contra sí con tantas veras que daba bien a entender que no andaba a caza de gloria con palabras humildes. Y estaba tan vivo en conocer espíritus que de ninguna manera admitía palabras que de lisonja le dijese, por muy disimuladas que fuesen. Y esto es lo que, a mi ver, busca Dios cuando de tan grandes pecadores como éste era hace tan grandes santos como ahora es. Porque de las muchas culpas y grande luz del cielo nace una excelente humildad cual se contempla en este siervo de Dios.

Su oración era perpetua, pasando lo más de la noche en contemplación en el coro, donde visiblemente se robaba con la pujanza de la devoción y sentimiento del espíritu, de donde salía muchas veces diciendo: "¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!", donde se le pasaba la noche sin dormir, gozando de la visita del cielo. Su consideración arrimaba siempre a los méritos de nuestra redención por el Rosario, y en los cinco misterios –de los quince– se le pasaba un día, remudándolos siempre por las ferias de la semana. El domingo los contemplaba todos juntos. Nunca dejó de rezar el oficio de nuestra Señora, de quien era devotísimo. Desde que supo leer rezó siempre los psalmos penitenciales, y cada día decía una vigilia por las ánimas de purgatorio, de quienes era muy devoto. Siempre que pasaba por iglesias o cimiterios hacía oración por los difuntos. Tenía, sin esto, por particulares devotos suyos a San Jerónimo, a la Magdalena y a Santa Úrsula, con sus compañeras, de suerte que con esta ocupación no gastaba rato de tiempo ocioso en conversación humana.

CAPÍTULO 79

De cuán devoto fue del Santísimo Sacramento del altar, y algunas tentaciones que el demonio le armó

Fue su devoción al Santísimo Sacramento por estremo señalada y, así, no se hallaba sino en la presencia de su Majestad. Toda su ansia era el recibir a Dios cuotidianamente, y lo que encargaba a todo género de afligidos era la frecuencia de la comunión santa. Una noche, estando en oración, vio un gran resplandor en el altar do estaba el Santísimo Sacramento, como si fuera el resplandor del sol a medio día, y dijo: "Señor, ¿para mí son menester muestras visibles? Vos sabéis que creo que estáis ahí tan poderoso y tan entero como en los altos cielos". Otra vez, estando él diciendo misa, vio una persona religiosa que una paloma blanca le andaba revolando sobre la cabeza, y no se le apartó hasta que hubo consumido. Y tratándole de esta visión le dijo que como no se aparejaba como convenía, así no era digno de recibir la gracia del Espíritu Santo, y que por eso convidaba y llamaba Dios, pero que se quedaba fuera la paloma por sus pecados. Mas lo sencillo es que le regalaba Dios interiormente con su consuelo y exteriormente con milagros, para que fuese de todos honrado el que en sus ojos y propia estimación era tan abatido.

Estando en oración en el coro, por veces le levantaban de do estaba y le ponían sobre las barandas para echarlo de allí abajo, y él, conociendo que era nuestro adversario, le decía: "Haz todo lo que el Señor te diere licencia", y luego le soltaba. Aparecíale el demonio con una multitud de mozuelas en corro, que las traía bailando y tañendo, pero viendo cuán poco efeto hacían, volvían y tornábanse a ir. Aparecióle el enemigo una vez en figura de oso, muy feroz y espantoso, echándole las garras a la cabeza y cuello, diciéndole: "¿No me temes tú?". Respondióle el santo: "No por cierto. ¿Y quién eres tú para que te haya de temer?". Así luego desapareció. Pasábanle estas tragedias delante el Santísimo Sacramento, de donde el demonio salía siempre llorando y el santo quedaba con victoria, por el auxilio que tan por experiencia hallaba cada vez en su patrón Cristo.

CAPÍTULO 80

De la paciencia que tuvo en sus enfermedades de lepra

Desta tierna consolación dicha le nacía la fortaleza grande de que gozaba en sus tribulaciones, pues en trece años de enfermedad más pesada que la de San Lázaro, nunca dijo palabra desabrida ni malsonante, aunque le ponía en estremo las llagas y dolores que padecía. Su perpetuo decir era: "Alabado sea el nombre santo del Señor, que fue servido de visitar este indigno siervo suyo". Y encarecía con gran gusto el bien de su penalidad diciendo que tenía en más aquella enfermedad que Dios le había dado que la mayor dignidad que el mundo le podía ofrecer, y que se holgaba más de

verse leproso que de ser prior de México, porque en la enfermedad hallaba consuelo y en la honra muchas penas.

Su gran sabiduría y prudencia en regir los años que gobernó su Orden, su justicia suave, su fructuosa doctrina, tiénenla bien en memoria sus hijos, como de un tan célebre y famoso pastor. Y su estraña paciencia muestra bien que con levantarle un falso testimonio y con conocer la persona que le perseguía, jamás le negó un rostro apacible, y siempre la confesó y amonestó para sacarla de pecado. Éste era su particular intento: hacer siempre bien a los que mal le hacían, amando de corazón siempre a sus enemigos, como fiel imitador de Cristo, enemigo de su propia carne, y por esto eran grandes sus asperezas.

Su vida era jamás comer carne, porque siempre seguía la comunidad de su Orden. Todas o las más noches se azotaba un gran espacio de tiempo antes de maitines y después de maitines. Y lo que más lloraba en su larga enfermedad era el regalo que sus frailes le hacían por guarecerle la vida, y decía muchas veces que se holgara de hallarse en un despoblado por gozar allí solo del consuelo de la mano de Dios, y carecer de todo alivio terreno. El que con Dios era tan pío y consigo tan riguroso, ¿qué sería con sus prójimos? Tanto que hubo quien dijo: "Hasta que el padre fray Cristóbal de la Cruz ruegue por mí a Dios, nunca yo dejaré mis faltas". Fue estremado en la gracia que tenía de convertir almas, y así le confesaba como por don excelente que alma que a sus manos viniese no saldría sin remedio.

CAPÍTULO 81

De dos estraños milagros que el Señor hizo por medio de este su siervo en la conversión de dos malas nujeres

Dos doncellas bien determinadas de seguir la profanidad del mundo y sus deleites carnales le ofreció Dios al santo fray Cristóbal, las cuales puso tan firmes en la castidad y hizo tan santas monjas que ni por razones, ruegos ni amenazas, ni por mil trabajos y persecuciones de malos tratamientos y testimonios que las levantaban en sus cosas, jamás pudieron moverlas ni apartarlas de su intento santo. Otras dos mujeres de escandalosa vida con quien peleaba la santidad de México sacó de mal estado este santo padre y las hizo santas con admiración del mundo, aunque más admiró lo que pasó con otra mujer en la mesma ciudad de México. La cual, habiéndole dado su marido de puñaladas sin razón, y estando para morir, estaba pertinaz y desesperada que no quería perdonar a su marido ni confesar sus pecados. Llegó el siervo de Dios a esta coyuntura; fue tanta la fuerza y dulzura de sus palabras que redujo y convirtió esta mujer, convenciéndola a que perdonase y se confesase, y dijese que por sus pecados conocía haberla Dios castigado, y así partió desta vida la alma que estaba tan perdida.

Más notable y de eterna memoria fue aquella tan sonada conversión de doña Ana Tremiño en México, la cual, aunque mujer de bien y cristiana, pero

tan aficionada a las cosas y galas deste mundo y de las demás cosas que en él se usan, cuanto lo muestra bien la congoja y ansias de su muerte. Era una de las más hermosas y gallardas mujeres deste siglo; pero, en fin, adoleció en una grave enfermedad y llegó a que los médicos la desahuciaron. Dolíale tanto el apartarse deste mundo que comenzó a desesperar, con grande despecho de la salud de su alma; en tanto grado que, viéndose más al cabo de la jornada, la importunaban que se confesase y encomendase a Dios. Respondía ella que no había para qué, pues que Dios no le había de perdonar ni haber misericordia della. Aunque acudieron muchos religiosos y personas pías de muchas partes, procurando cada cual por sí de sacarla de su error y traerla al conocimiento de su daño y [a]l amor de su remedio, no hubo efeto. Volvíanse todos con sumo desconsuelo de ver el poderío que el enemigo malo tenía en aquella criatura de Dios.

Vino a noticia deste siervo de Dios, fray Cristóbal, este caso lamentable por la voz de todo el pueblo, que de tal desventura andaba turbado. Como tan virtuoso, partió en la virtud de Dios, rogando a algunos religiosos de su convento para que le encomendasen a su Majestad que le diese gracia y fuerzas para ayudar a salvar aquella alma. Entrado, pues, donde la enferma estaba, comenzó de hablarla y amonestarla que se volviese a Dios y se confesase; pero ella, perseverando en su obstinación, lo mesmo le respondió que a los demás, diciendo que pues Dios no había de haber misericordia della, que no quería confesarse. Inspirole Dios a este su siervo un nuevo y estraño medio como para enfermedad tan peligrosa era necesario, y así se determinó tomar sobre sus hombros esta ánima descarriada para traerla al rebaño de Cristo. Y rogándole mucho que estuviese atenta, comenzole a referir los muchos privilegios de que los frailes gozan en la religión, y cuán aceptos son al Señor que sirven, y que él era uno de ellos, sacerdote que cada día celebraba el misterio de la pasión de Cristo.

Fuele contando sus ejercicios, sus diciplinas y ayunos, y los muchos regalos que el Señor le hacía en la oración, hasta decirle que ya sabía que le tenían por santo y que mediante el Señor, de quien procedía todo bien, tenía confianza que le hacía el Señor merced en lo que le suplicase. Y preguntándole que si era razón que el que estos bienes poseía desconfiase de la misericordia de Dios, respondió ella con un nuevo ánimo: "No tiene por qué desconfiar quien de Dios ha recibido tantas mercedes". Díjole entonces el santo fray Cristóbal: "Pues si vos os viésedes con todos estos bienes, o con el mérito de ellos, ¿qué haríades?". Respondió ella: "Ternía yo mucha confianza que Dios habría misericordia de mí". Dijo él: "Pues porque veáis, hija, cómo deseo yo vuestra salvación, confiado de la misericordia divina, yo os hago donación de todo el mérito de muy buenas obras hasta hoy, para que como vuestras os valgan delante el sumo juez. Y si confesáredes vuestros pecados con verdadera contrición y arrepentimiento, yo tomaré sobre mí el dar cuenta de ellos a Dios, y haré la penitencia que vos habíais de hacer por ellos, para que por la sangre del Redemptor y por lo que yo pongo por vos y vos ponéis de vuestra parte, partáis de esta vida absuelta de vuestras culpas".

Fueron de tanta fuerza y eficacia las palabras y razones de este siervo de Dios, que la que estaba rebelde y desconfiada pidió con lágrimas y grandísima contrición que la confesase, confiando ya en el Señor por el fervor deste siervo de Dios. Y así recibió todos los sacramentos con tanta admiración de todos que no lo creían, y con tanto gozo y alegría del buen padre como lo pedía tal ventura. Y así, antes que se partiese de allí, la dejó muy quieta y sosegada, con firme confianza de su salvación, avisándole que llamase a Santa Úrsula y las onçe mil vírgines, de quien él era muy devoto, a las cuales le dio por fiadores de lo que le había prometido en nombre de Dios. Llegose la hora de dar el alma a su Criador aquella buena mujer, y los que allí estaban quisieron encender las candelas para ayudarla a bien morir; a lo cual ella acudió diciendo que esperasen, que aún no era tiempo. Después de ahí a un rato, con rostro muy alegre dijo: "Encended las candelas, que vienen las santas vírgines". Hecho esto dio el alma a su autor, quedando todos con grandísima confianza que la recibió en su gran misericordia. Por lo cual el bendito padre hizo toda su vida gracias al Señor, por tan grande merced como aquella de que por medio suyo se hubiese salvado aquella alma redemida con su sangre preciosísima.

CAPÍTULO 82

De la última enfermedad y bienaventurada muerte del santo fray Cristóbal de la Cruz

Después desto le dio el Señor una grave y pesada enfermedad que por trece años le afligió en sumo grado. Fue común opinión que le procedió de quererle dar el Señor, en ésta, la penitencia de los pecados que tomó sobre sí desta mujer que ganó para el cielo, aunque él no le ponía otro nombre sino ser una visita misericordiosa de la mano del Señor. Ésta fue una lepra o mal de San Lázaro, de que se puso tan llagado cabeza y todo el cuerpo que no había quién se le quisiese llegar, sino un fiel hijo que tuvo, religioso hecho de su mano, que hasta la muerte no le desamparó. El cual dio buen testimonio de ser hijo de tal padre en su mucha virtud y ejemplos santos; en lo cual dice bien quién es Dios en pagar lo que por sus siervos, y particularmente enfermos, se hace. Y tal como este, que por junta de médicos era dado por contagioso, y así se guardaban dél, aunque no todos, porque los que sabían el misterio antes le visitaban con más frecuencia por no perder el fructo de su alta doctrina.

No fue parte la enfermedad para escusarse de los cuidados del gobierno, porque le encomendó la obediencia, como a varón importante, a que fuese prior del convento de México, y después maestro de novicios, y últimamente provincial. Lo cual, aunque le doblaba los dolores, por la fuerza que padecía y por los trabajos del oficio, por el amor de la cruz, con la gracia del Espíritu Santo, de la mesma enfermedad cobraba fuerzas; y con sus graves males, sin buscar regalos, corría cerca de docientas leguas de visita, como

ángel de Dios, consolando, confortando, administrando a sus hijos con su vista. Destos largos trabajos le agravó mucho más la enfermedad, y fue tanto lo que padeció en una año que por revelación del cielo supo que era más que lo que había sufrido en los doce pasados. Era notable el deseo que tenía de verse suelto de las prisiones del cuerpo por no ser penoso a sus hermanos, a los cuales él decía que no tuviesen temor, que aquel mal no les podía empecer a nadie, dando a entender que su plaga era del cielo, por las culpas de aquella mujer que arriba contamos.

Absuelto de su oficio por haberle agravado tanto la enfermedad, se llegó el tiempo deseado, y entrando a visitarle un médico que muchas veces le decía que no moriría tan presto, lo cual él no admitía de buena gana, y viéndole tan al cabo le dijo que ya estaba cerca de su deseado día. Diole muchas gracias, alabando al Señor y pidiendo el Santísimo Sacramento, y cuando se lo trajeron delante dijo con grandísima devoción y sentimiento: "Yo creo verdaderamente que eres Dios, verdadero juez universal de los vivos y de los muertos, y que has de dar vida eterna a los que guardaren tu ley, y fuego sin fin a los que la quebrantaren. Creo que todos los que de la unidad de la Iglesia Católica Romana se apartan morirán para siempre".

Sería como a las once del día cuando, habiendo recebido la extrema unción, conoció llegarse ya la hora, y volviéndose a los circunstantes dijo: "¡Válasme Dios, y qué mala es de salir esta alma del cuerpo!". Y reposando como hasta la una abrió los ojos, y poniendo las manos comenzó a mirar a los que allí estaban, como que razonaba con ellos. Y sin hacer algún movimiento dio el alma al Señor. Todos llegaron luego a besarle las manos, y acudiendo a buscar los paños de sus llagas, de que antes hacían asco, los tomaban y ponían sobre sus ojos y besaban con su boca, y los guardaban como reliquias de santo. Toda la ciudad de México se congregó a la hora de su enterramiento, y la voz de todos era ésta: "Santo de Dios, rogad por nos". Este es el fin de aquel que habiendo sido tan perdido pecador como se vio al principio, vino a ser tan escogido de Dios como nos dice su muerte y vida, para que se animen a buscar a Dios los pecadores y vivan con temor los que están en estado de santos, pues de piedras toscas levanta Dios hijos de bendición, cual este santo fue en la Nueva España, donde ganó el cielo tan conocidamente.

* * *

CAPÍTULO 89

De la grande devoción y contemplación que tenía en Dios el santo fray Cristóbal

Era por estremo grande la devoción que tenía a la imagen de Cristo crucificado y, así, le hallaban casi siempre derribado a sus pies, lavándolos con sus abundosas lágrimas; donde, si el sueño le fatigaba por su trabajo conti-

nuo y cansa[n]cio, se magul[l]aba el rostro, dándose de golpes y torciéndose los pulpejos de los brazos para avivarse así con el dolor, y despedía el dormir. Pero ya que el sueño corporal no le rendía, vencíale el divino y celestial, y trasportábase en oración, de suerte que teniendo los ojos de la carne abiertos, parecía estar difunto.

Acaeció que una vez, andándole a buscar por la casa para que viniese a cierta necesidad que se ofreció, lo hallaron en la oración, y llamándole a voces no oía. Llegándose a él, aunque con harto pavor, tirándole de la ropa y dándole voces, no respondía. Hasta que a cabo de buen espacio comenzó a alegrar el rostro y responder, así como un hombre que habla entre sueños. Y diciéndole el que le despertaba: "Padre, el Virrey ha rato que espera a vuestra paternidad para que coma con él", respondió él: "Harto mejor comida tenía yo, por cierto". Tome cada cual para sí este hecho, y de los demás de estos varones santos, el considerar la libertad cristiana que en sus corazones tenían y el señorío con que pasaban los dichos del mundo, cuán poco se le daba a este siervo de Dios que le viesen en oración, o viesen sus lágrimas y oyesen sus diciplinas, o contemplasen sus abstinencias. Tan sin recelo comía él su pan y agua ante todo el convento, y tan sin pena sacaba su acíbar para echar en las legumbres que comía cuando eran fiestas solemnes o pascuas (que traía en un cañutillo para el efeto), y tan sin recato servil se ponía en cruz ante su Señor, abiertos sus brazos, como si no hubiera hombre que lo notara, como si todos los que le veían fueran gente bárbara y sin discurso. Ésta es la franqueza de los corazones justos y amigos de Dios, que como gente querida y privada del altísimo Señor no estiman en cosa dichos de hombres, sino que su conversación y trato era en los cielos, no se había de captivar a qué dirán los hombres.

Tan estrañamente andaba ajeno al mundo, que muchas veces le hablaban y no respondía palabra. Estando en una ciudad tan populosa como México, jamás salía del monasterio, si no fuese fuerza de la obediencia para hacer algún bien a los pobres. Ira, ni enojo, ni porfía, ni preguntar por cosas de la tierra, así se hallará en él como si no viviera en el mundo. Imaginación de pretensión, ni cuidado deseoso de vestidura, ni libros, ni otras cosas semejantes de las que suelen congojar espíritus de hombres que se precian de espirituales, ni memoria había en esta alma escogida. ¿Pues qué maravilla que quien tan libre estaba al mundo, y tan libre de captiverios locos cuales suelen hallarse aun en pechos muy letrados, no se le diese cosa de los ojos de carne a quien así andaba preso de los divinos? Quien sólo pretendía agradar a Dios, ¿por qué había de hacer de los mortales? Siendo sus cosas tan regladas por la ley divina y viviendo tan conforme a lo que la Santa Iglesia ordena, ¿por qué había de tener temor del aire?

APÉNDICE II

ANTONIO DE SAN ROMÁN

Consuelo de penitentes, o Mesa franca de spirituales manjares.
Compuesto por el R. P. F. Antonio de San Román, de la Orden de
S. Augustín, Prior en la ciudad de Cuenca y Consultor del sancto officio
de la Sancta Inquisición de Sevilla
Ahora nuevamente corregido y enmendado por el mismo autor,
en esta segunda impresión
Sevilla, Andrea Pescioni-Juan de León, 1585

SUMMA DE LA VIDA DEL SANCTO VARÓN FRAY CRISTÓBAL DE LA CRUZ, DE LA ORDEN DE SANCTO DOMINGO DE LA NUEVA ESPAÑA

[Folios 457v-465v][32]

Como en el sancto celo y gran trabajo se han conformado las tres órdenes mendicantes en estas tierras, así les ha dado Dios hombres de igual sanctidad y fama, y de un spíritu y vida como se verá en este singular padre fray Cristóbal de la Cruz, el cual si no es mayor que los pasados, ninguno le hace ventaja. Es este sancto señalada voz que llama a peccadores, porque su vida antes de su conversión es bien conforme con la ley que el mundo guarda.

Natural fue de Sevilla y crióse en casa del Licenciado Tello de Sandoval, en cuya casa estudió las letras de la latinidad y artes, siguiendo al dicho Licenciado, siendo Inquisidor en Toledo. Donde como distraído se occupaba en juegos y en los demás ejercicios que libertad y olvido de Dios y malas compañías acarrean. Muy plático en la jerigonza, lenguaje de ladrones con quien él andaba, y de tan buen nombre en los de la seguida, que ya le convidaban con piezas particulares para que se encargase dellas y las tuviese en su nombre en los lugares públicos. Este partido no le quiso acceptar, porque aunque era gran pecador tenía un alma temerosa y muy sentida de consciencia, y así no osaba ponerse en tan manifiesto peligro de alma y vida. Y por esto, si pecaba, era con lágrimas y rezando primero los psalmos penitenciales por las ánimas, de quien era muy devoto, pidiendo a Dios no perdiesen los defuntos el fruto de aquella oración por ser él malo. Como seguía el juego y le faltaba el dinero, concertose con unos perdidos que andaban a robar de irse en su compañía, y sentado una vez a jugar el libro de las súmulas, con determinación de que si entonces perdía tomaría el officio de salteador, ordenó Dios que ganase. Y salido de allí púsose a considerar el camino que llevaba, y como de nueva luz visitado abrió los ojos y comenzose a retirar de aquellas compañías malas. Y applicándose a su estudio vino a recebir orden sacro, y dende que se ordenó de Epístola fue tan notable la mudanza que la

32. Como en el caso anterior, modernizo las grafías, aunque sin alterar su valor fonético. La puntuación es interpretativa.

mano de Dios hizo en él, que como él confesó a un su gran familiar, nunca más dende allí tuvo voluntad de peccar, ni se ensució en hecho carnal. Antes se dio tanto a la oración y lectión y ejercicios de penitencia, que en España y en esta tierra era notable su fama de sanctidad.

Proveyeron por visitador de esta Nueva España al susodicho Licenciado Sandoval, y así hubo de venir con él, porque era tanto el amor que le tenía que no se hallaba sin él un punto. Y la razón de hacer tan bien su officio el visitador fue porque en todo se guiaba por el consejo de Cristóbal de Lugo, que éste era su apellido en el siglo. Notable pena recibió el visitador cuando vio que se le quedaba en esta tierra su querido padre y capellán.

El cual, luego que se vio horro de la obligación del visitador con quien se había criado, tomó el hábito de Sancto Domingo en México. Y hecha profesión, luego la Orden puso los ojos en él como en varón sancto, y escogiólo para maestro de novicios. En este officio hizo tanto fruto que sacó de su mano hombres sanctos, cuales hoy viven, fieles testigos desta verdad. Era tan escogido maestro de humildad, que en sólo enseñar esta virtud parece que ponía todo su estudio. Y así era gloria de Dios ver cuán vivamente la plantaba en los corazones. La plática común de sus novicios era el amor de las injurias, y así trataba de suffrir bofetones y affrentas para ejercicio. No había entre ellos quien quebrase el silencio ni saliese de su recogimiento. Tenían los de corona envidia a los frailes legos, deseando el estado de más humildad. Y como entre otros se suelen buscar las cosas de curiosidad en que ponen su consuelo, buscaban éstos lo más vil y desechado, privándose de todo aquello a que se sintían afficionados. Porque el decir común de este sancto era: "Negad vuestra voluntad y tened por cierto que en todo lo que vuestra affición está asentada, allí tiene parte el adversario. Y aunque sea la imagen del crucifijo, si allí está puesto nuestro amor como en prenda que poseemos, tras la imagen está el enemigo escondido".

Y este su predicar de humildad no era doctrina speculativa sacada de papeles, porque era humilde de corazón, y mostrábalo bien en las obras. Enemigo de sí y de sus cosas por estremo, huía de escribir algo que tuviese parescer de sabiduría, porque siempre decía que la humildad y silencio son las guardas de la gracia. Su gran deseo era ser abatido, y así clamaba con grande spíritu diciendo: "¡Oh!, si acabasen de salir de engaño en estimarme en algo, pues soy criatura tan sin provecho". Y con gran sentimiento, si le loaban, respondía: "Allá irás, fray Cristóbal, delante del soberano juez que conosce lo que cada uno merece, y verán estos ciegos que me alaban y engrandescen cuán engañados viven en hacer caso de un hijo de un tabernero". Diciendo otros denuestos de esta calidad en público contra sí con tantas veras, que daba bien a entender que no andaba a caza de gloria con palabras humildes. Y estaba tan vivo en conoscer spíritus, que en ninguna manera admitía palabras que de lisonja le dijesen, por muy disimulada que fuese. Y esto es lo que, a mi ver, buscaba Dios cuando de tan grandes pecadores como éste era, hace tan grandes sanctos como éste es. Porque de las muchas culpas y de la mucha luz del cielo nasce una excelente humildad, cual se contempla en este gran siervo de Dios.

Su oración era perpetua, pasando lo más de la noche en contemplación en el coro, donde visiblemente se robaba con la pujanza de la devoción y sentimiento del spíritu, de donde salía muchas veces dando voces diciendo: "¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!", donde se le pasaba la noche entera sin dormir, gozando de la visita del cielo. Su consideración arrimaba siempre a los misterios de nuestra redempción por el Rosario, y en los cinco misterios –de los quince– se le pasaba un día, remudándolos siempre por las ferias de la semana. Y el domingo los contemplaba todos juntos. Nunca dejó de rezar el officio de nuestra Señora, de quien era devotísimo. Dende que supo leer rezó siempre los psalmos penitenciales cada día, y una vigilia por las ánimas, de quien era muy devoto. Siempre que pasaba por iglesias o cimenterios hacía oración por los defunctos. Tenía, sin esto, por sus particulares devotos a Sant Jerónimo, a la Magdalena y a Sancta Úrsula, con sus vírgenes. De suerte que con esta sancta occupación no gastaba rato de tiempo en conversación humana.

Fue su devoción al sancto Sacramento por estraña manera señalada. Y, así, no se hallaba sino en la presencia de su Majestad. Toda su ansia era el recebir a Dios cotidianamente, y lo que encargaba a todo género de affligidos era la sancta communión. Una noche en la oración vio un grande resplandor en el altar, como si fuera a medio día, en el lugar del sagrario, y dijo: "Señor, ¿para mí son menester muestras visibles? Vos sabéis que creo verdaderamente que estáis ahí tan poderoso como en el cielo". Y estando diciendo misa vio una persona religiosa y de verdad que una paloma blanca le andaba revoleando sobre la cabeza, y no se le apartó hasta que hubo consumido. Y tratándole de esta visión dijo que como no se aparejaba como convenía, así no era digno de recebir la gracia del Spíritu Sancto, y que por eso le convidaba y llamaba Dios, pero que se quedaba fuera la paloma por sus peccados. Mas lo sencillo es que le regalaba Dios interiormente con su consuelo y exteriormente con milagros, para que fuese de todos honrado el que en sus ojos y propria estimación era tan abatido.

Estando en oración en el coro, por veces le levantaban de do estaba y le ponían sobre las barandas para echallo de allí abajo, y él decía, conosciendo que era el adversario: "Haz todo aquello que el Señor te diere licencia", y luego le soltaba. Aparescíale el demonio en una multitud de mozuelas en corro, que las traía bailando y tañendo, pero viendo cuán poco effecto hacían, volvían y tornábanse a ir. Aparescióle una vez el enemigo en figura de un oso muy feroz y espantoso, echándole las garras a la cara y cuello, diciéndole: "¿No me temes tú?". Y respondióle el sancto: "No por cierto. ¿Quién eres tú para que yo te haya de temer?". Y así luego desaparesció. Pasábanle estas tragedias ante el sancto Sacramento, donde el demonio salía siempre llorando y el sancto quedaba con victoria, por el auxilio que tan por experiencia hallaba cada vez en su patrón Cristo.

Desta tierna consolación le nascían la fortaleza grande de que gozaba en sus tribulaciones, pues en trece años de enfermedad, más agravada que la de Sant Lázaro, nunca dijo palabra desabrida ni malsonante con que le ponían en el estremo las llagas y dolores que padescía. Su perpetuo decir era: "Alabado sea el sancto nombre del Señor, que fue servido de visitar este indigno

siervo suyo". Y encarecía con gran gusto el bien de su penalidad diciendo que tenía en más aquella enfermedad que Dios le había dado, que la mayor dignidad que el mundo le podía offrecer, y que se holgaba más de ser leproso que de verse prior en México, porque en la enfermedad hallaba consuelo y en la honra muchas penas.

Su gran sabiduría y prudencia en regir los años que gobernó su Orden, su justicia suave, su fructuosa doctrina, tiénenla bien en memoria sus hijos, como de un tan célebre y famoso pastor. Y su estraña paciencia muestra bien que con levantarle un falso testimonio y con conoscer la persona que le perseguía, jamás le negó un rostro apacible, y siempre la confesó y amonestó para sacarle de peccado. Que éste era su particular intento: hacer bien a los que mal le hacían, amando de corazón siempre a sus enemigos, como fiel imitador de Cristo, enemigo de su propria carne, y por esto eran grandes sus asperezas.

Su vida era nunca jamás comer carne, porque siempre seguía la communidad de su Orden. Todas las más noches se azotaba un grande espacio antes de maitines, y otro después. Y lo que más lloraba en su larga enfermedad era el regalo que le hacían por guarecerle la vida, y decía muchas veces que se holgara de hallarse en un despoblado por gozar allí del solo consuelo de la mano de Dios, y carecer de todo terreno alivio. El que con Dios era tan pío y consigo tan riguroso, ¿qué sería con sus prójimos este médico de enfermedades interiores de gran consejo en casos arduos, y de gran crédito de lo que podía con Dios y de lo que se compadecía de los males de sus prójimos? Tanto que hubo quien dijo: "Hasta que el padre fray Cristóbal de la Cruz ruegue por mí a Dios, nunca yo dejaré mis faltas". Fue estremado en la gracia de convertir almas, y así se le confesaba como por don excelente que alma que a sus manos viniese no saldría sin remedio.

Dos doncellas bien determinadas de seguir la profanidad le offreció Dios, las cuales puso tan firmes en el propósito de la castidad e hizo tan sanctas monjas, que ni por razones, ruegos ni amenazas, ni por mil trabajos y persecuciones de malos tratamientos y testimonios que les levantaban en sus casas, jamás pudieron moverlas ni apartarlas de su intento sancto.

Otras dos mujeres de escandalosa vida con quien peleaba la sanctidad de México sacó de mal estado este padre sancto e hizo sanctas con admiración del mundo. Aunque más admiró lo que le pasó con una señora de México, la cual, habiéndole dado su marido de puñaladas sin razón, y estando para morir, estaba tan pertinaz y desesperada que no quería perdonar a su marido ni confesar sus peccados. Llegado, pues, el siervo de Dios a esta coyuntura, fue tanta la fuerza y dulzura de su palabra que redujo y convirtió a esta mujer, convenciéndola a que perdonase y se confesase, y dijese que por sus peccados conocía haberla Dios castigado, y así partió de esta vida en paz alma que estaba tan perdida.

Pues aún más notable y digna de eterna memoria fue aquella tan sonada conversión de doña Anna Tremiño en México, la cual, aunque mujer de buen ser y cristiandad, pero tan afficionada a las vanidades de este mundo y tan amiga de las galas que en él se usan cuanto lo muestran bien la congoja

y ansias de su muerte. Era una de las más hermosas y gallardas del siglo; pero, en fin, cayó de una grave enfermedad y, llegado a que los médicos la desahuciaron, dolióle tanto el apartarse deste mundo que comenzó a desesperar con grande despecho de su salud, así del cuerpo como del ánima. Y en tanto grado que, viéndose cada rato más al cabo de la jornada, e importunándola que se confesase y encomendase a Dios, respondía que no había para qué, pues Dios no le había de perdonar ni haber misericordia della. Y aunque acudieron muchos religiosos y personas pías de todas partes, procurando cada cual por sí de sacarla de su error y atraerla al conocimiento de su daño y al amor de su remedio, no hubo effecto. Volvíanse todos con summo desconsuelo de ver el poderío que el enemigo malo tenía en aquella criatura de Dios.

Vino a noticia deste gran siervo de Dios este caso lamentable por la voz del pueblo todo, que de tal desventura andaba turbado. Y como tan venturoso, partió en la virtud de Dios, rogados algunos religiosos de su convento para que encomendasen a su Majestad que le diese gracia y fuerzas para ayudar a salvar aquella ánima. Entrado, pues, donde la enferma estaba, comenzó de hablar y amonestarle que se volviese a Dios y se confesase. Pero ella, perseverando en su obstinación, lo mismo le respondió que a los demás, diciendo que pues Dios no había de haber misericordia della, que no quería confesarse. Inspirole Dios a este su siervo un nuevo y estraño medio, como para enfermedad tan peregrina, y así se determinó tomar sobre sus hombros esta alma descarriada para traerla al rebaño de Cristo. Y rogándole con ahínco que estuviese atenta, comenzole a referir uno por uno los muchos privilegios de que gozan los buenos frailes en la Orden, y cuán aceptos son al Señor a quien sirven, y que él era uno dellos, sacerdote que cada día celebraba el misterio de la pasión de Jesucristo.

Y fuele contando todos sus ejercicios, sus disciplinas y ayunos, y los muchos regalos que el Señor le hacía en la oración, hasta decirle que ya sabía que le tenían por sancto; y que mediante el Señor, de quien procedía todo bien, tenía confianza le haría Dios merced en lo que le supplicase. Y preguntándole el sancto si era razón que el que estos bienes poseía desconfiase de la misericordia de Dios, respondió ella con un nuevo ánimo: "No tiene por qué desconfiar quien de Dios ha recebido tantos bienes". Díjole entonces el padre: "Pues si vos os viésedes con todos estos bienes, o con el mérito dellos, ¿qué haríades?". Respondió la enferma: "Ternía yo mucha confianza que Dios habría misericordia de mí". "Pues porque veáis, hija, cómo deseo vuestra salvación –dijo él–, confiado de la misericordia divina, yo os hago donación de todos los méritos de mis obras hasta hoy, para que como vuestras os valgan ante el summo juez. Y si confesáredes vuestros peccados con verdadera contrición y arrepentimiento, yo tomaré sobre mí el dar cuenta a Dios dellos, y haré la penitencia que vos habíades de hacer por ellos, para que por la sangre del Redemptor y por lo que yo pongo por vos y vos ponéis de vuestra parte, partáis libre desta vida, absuelta de vuestras culpas".

Fueron de tanta fuerza estas palabras deste hombre del cielo, que la que estaba rebelde y desesperada pidió con lágrimas y grandísima contrición

que la confesase, confiando ya en el Señor por el favor de éste su sancto. Y así recibió todos los sacramentos, con tanta admiración de todos que no lo creían, y con tanto gozo y alegría del buen padre como lo pedía tal ventura. Y así, antes que se partió de allí, la puso muy quieta y sosegada, y con firme confianza de su salvación, avisándole que llamase a Sancta Úrsula y las once mil vírgines, de quien él era muy devoto; las cuales le dio por fiadoras de lo que en nombre de Dios le había prometido. Llegose la hora de dar el alma a su Criador aquella buena mujer, y los que allí estaban quisieron encender las candelas para ayudarla a bien morir; a lo cual ella acudió diciendo que esperasen, que aún no era tiempo. Y después, de ahí a un rato, con rostro alegre dijo: "Encended las candelas, que vienen las sanctas vírgines". Esto hecho, dio su alma a su autor, quedando todos con confianza que la recibió en su gran misericordia. Por lo cual el bendito padre toda su vida hizo gracias al Señor por tan gran merced.

Después desto le dio Dios una grave y pesada enfermedad que por trece años le affligió en summo grado, la cual fue común opinión que le procedió de quererle el Señor dar en esto la penitencia de los peccados que tomó sobre sí desta mujer que ganó al cielo. Aunque él no le ponía otro nombre sino visita misericordiosa de la mano del Señor. Ésta fue una lepra o mal de Sant Lázaro, de que se puso tan llagado cabeza y todo el cuerpo, que no había quién se le quisiese llegar, sino un fiel hijo que tuvo religioso, hecho de su mano, que hasta la muerte no le desamparó. El cual da buen testimonio de ser hijo de tal padre en su mucha virtud y sancto ejemplo. En lo cual dice bien quién es Dios en pagar lo que por sus siervos, y más enfermos, se hace. Y tal como este, que por junta de médicos era dado por contagioso, y así se guardaban dél, aunque no todos, porque los que sabían el misterio antes le visitaban con más frecuencia por no perder el fructo de su alta doctrina.

No fue parte la enfermedad para poderse escusar de los cuidados del gobierno, porque le compelió la obediencia, como a varón tan importante, a que fuese prior de México, y después maestro de novicios, y últimamente provincial. Lo cual, aunque le doblaba sus dolores, por la fuerza que padescía y por los trabajos del officio, por el amor de la cruz, con la gracia del Spíritu Sancto, de la misma enfermedad cobraba fuerzas. Y con sus graves males, sin buscar regalos, corría cerca de docientas leguas de visita, como ángel de Dios, consolando, confortando y amonestando a sus hijos con su vista, con su palabra, con su gran vida. De estos largos caminos y trabajos se le agravó más la enfermedad, y fue tanto lo que padesció en un año que por revelación del cielo supo que era más que lo que había sufrido en los doce pasados. Era notable el deseo que tenía de verse suelto de las prisiones del cuerpo por no ser penoso a sus hermanos, a los cuales él decía no tuviesen temor, que aquel mal no se le podía pegar a nadie, dando a entender que su plaga era del cielo, en satisfecho de las culpas de aquella mujer que arriba contamos.

Absuelto de su officio por haberle agravado tanto la enfermedad, se llegó el tiempo deseado, y entrándole a visitar un médico que muchas veces le

decía no moriría tan presto, lo cual él no admitía de buena gana, viéndole tan al cabo le dijo que ya estaba cerca de su deseado día. Diole muchas gracias, alabando al Señor y pidiendo el sanctísimo Sacramento. Viéndole presente dijo con mucha devoción y sentimientos: "Yo creo verdaderamente que eres Dios, verdadero juez universal de los vivos y de los muertos, y que has de dar vida eterna a los que guardaren tu ley, y fuego sin fin a los que la quebrantan. Y creo que todos los que de la unidad de la Iglesia Católica Romana se apartan morirán para siempre".

Sería como a las once del día cuando, habiendo recebido la unctión, conosció llegarse la hora, y volviéndose a los circunstantes dijo: "¡Válame Dios, y qué mala es de salir esta alma del cuerpo!". Y reposando como hasta la una, abrió los ojos, y poniendo las manos comenzó a mirar a una parte y a otra, como razonando con los que allí estaban, que no se veían. Y sin movimiento dio el alma al Señor, quedando de la blancura y lindeza del cielo. Todos luego llegaron a besarle las manos, y acudiendo a buscar los paños de sus llagas, de que antes hacían ascos, los tomaban y ponían sobre sus ojos y besaban con su boca, y los guardaban como reliquias de sancto. Todo el pueblo de México se congregó a la hora de su sepultura, y la voz de todos era "Sancto de Dios, ruega por nosotros". Este es el fin de aquel que habiendo sido tan perdido peccador como se vio al principio, vino a ser tan escogido como nos dice su muerte y vida, para que se animen a buscar a Dios los pecadores y vivan con temor los que están en estado de sanctos, pues de piedras toscas levanta Dios hijos de bendic[i]ón, cual este fue en la Nueva España, donde ganó el cielo tan conoscidamente.

* * *

Tras la semblanza de fray Cristóbal de la Cruz, sigue la "Summa de la vida del bendito padre fray Domingo de Betanzos, de la Orden de Sancto Domingo de la Nueva España", que ocupa los folios 465v-470r, y después viene la "Summa de la vida del siervo de Dios, famoso fray Tomás del Rosario, de la Orden de Sancto Domingo de esta Nueva España", folios 470r-474v. Reproduzco, de este último, la parte que ahora interesa de los folios 471r-472v.

[...] Era por estremo la devoción grande que tenía a la imagen de Cristo crucificado, y así le hallaban casi siempre derribado a sus pies, lavándolos con sus abundosas lágrimas. Donde, si el sueño le fatigaba por su continuo cansancio, se magullaba el rostro dándose de golpes y torciéndose los molledos de los brazos, porque así se avivaba con el dolor y despedía el dormir. Pero ya que el sueño corporal no le rendía, vencíale el divino y celestial, y transportábase estando en oración, de arte que teniendo los ojos de la cara abiertos, parecía estar difunto.

Acaeció que andándole a buscar por la casa para que viniese a cierta necesidad que se offrecía, le hallaron en la oración, y llamándole a voces no oía. Llegándose a él, aunque con harto pavor, tirándole de la ropa y dándole voces, no respondía. Hasta que a cabo de buen espacio comenzó a alegrar el

rostro y responder, así como un hombre que habla entre sueños. Y diciéndole el que le despertaba: "Padre, el virrey don Luis de Velasco ha rato que espera a vuestra caridad para que coma con él", respondió: "Harto mejor comida tenía yo, por cierto". Tome cada cual para sí de este hecho, y de los demás de estos varones sanctos, el considerar la libertad cristiana que en sus corazones tenían y el señorío con que pisaban los dichos del mundo, cuán poco se le daba a este siervo de Dios que le hallasen en oración, o viesen sus lágrimas y oyesen sus disciplinas, o contemplasen sus abstinencias. Tan sin recelo comía él su pan y agua ante todo el convento (que éste era su ordinario), y tan sin pena sacaba su acíbar para echar en las legumbres que comía cuando eran fiestas solemnes o pascuas (que traía en un cañutillo para el effecto), y tan sin recato servil se ponía en cruz ante su Señor, abiertos sus brazos, como si no hubiera hombre que le notara, como si todos los que le veían fuera gente bárbara y sin discurso. Y ésta es la franqueza de los corazones justos y amigos de Dios, que como privados del Altísimo no estiman en cosa dichos de hombres. Un hombre de Dios como éste, que viviendo en carne no hacía vida entre los hombres, sino que su conversación y trato era en los cielos, no se había de captivar al qué dirán.

Tan estrañamente andaba ajeno del mundo, que muchas veces le hablaban y no respondía palabra. Estando en una ciudad tan populosa como México, jamás salía del monasterio, si no fuese fuerza de la obediencia para hacer algún bien a los pobres. Ira, ni enojo, ni porfía, ni preguntar por cosa de la tierra, así se hallará en él como si no viviera en el mundo. Imaginación de pretensión, ni cuidado de cosa de su vestidura, ni libros, ni otra semejante de las que suelen congojar espíritus de hombres que se precian de espirituales, ni memoria había en esta alma escogida. ¿Pues qué maravilla era que quien tan horro estaba del mundo, y tan libre de captiverios locos cuales suelen hallarse aun en pechos muy letrados, qué maravilla es que no se le diese nada de ojos de carne a quien así andaba preso de los divinos? Quien sólo pretendía agradar a Dios, ¿por qué había de hacer caso de los mortales? Siendo sus cosas tan regladas por la ley divina y viviendo tan conforme a lo que la Iglesia sancta ordena, ¿por qué había de tener temores del aire?

HISTORIADORES DOMINICOS PRO QUINTO CENTENARIO
DE LA EVANGELIZACION DE AMERICA

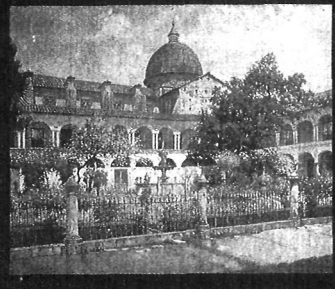
LOS DOMINICOS Y EL NUEVO MUNDO

Actas del II Congreso Internacional

Salamanca, 28 de marzo - 1 de abril de 1989

LOS DOMINICOS Y EL NUEVO MUNDO Siglos XVIII y XIX

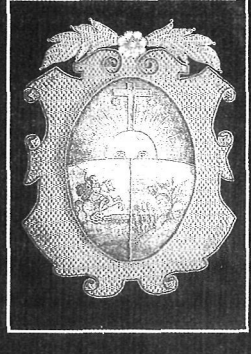
Actas del IV Congreso Internacional
Santafé de Bogotá, 6-10 septiembre 1993



EDITORIAL SAN ESTEBAN

LOS DOMINICOS Y EL NUEVO MUNDO Siglos XIX-XX

Actas del Vº Congreso Internacional
Querétaro, Qro. (México) 4-8 septiembre 1995



EDITORIAL SAN ESTEBAN

Los Dominicos en Hispanoamérica y Filipinas a raíz de la guerra de 1898

Actas del VI° Congreso Internacional.
Bayamón, Puerto Rico. 21-25 de septiembre de 1998

■ COLECCION MONUMENTA HISTORICA IBEROAMERICANA DE LA ORDEN DE PREDICADORES ■ VOLUMEN XXI ■

IX Congreso de Historiadores Dominicos

Oaxaca, México 6-11-agosto 2007

MONUMENTA HISTÓRICA IBEROAMERICANA
DE LA ORDEN DE PREDICADORES
Vol. XXXVII

Editorial San Esteban
Salamanca 2010